

Lucena: Inauguración de la nueva Plaza de Toros

LA CIUDAD RECUPERA SU COSO TAURINO Y VIVE UN EVENTO REALMENTE HISTÓRICO

Sobre los toros, los toreros y la fiesta

MIGUEL MOLINA RABASCO

Escribir sobre las corridas de toros sin ser aficionado puede parecer osada o pretensión descabellada. Y no tiene por qué ser así. Todo hecho, costumbre o tradición que gusta y atrae a un número elevado de personas, en ocasiones de forma apasionada, es un fenómeno sociológico (como tal debe considerarse a

la tauromatología) digno de estudio y meditación para cualquiera que lo desee, con independencia de que le agrade o no.

Para mí, que soy admirador incondicional del personaje, me resulta cu-



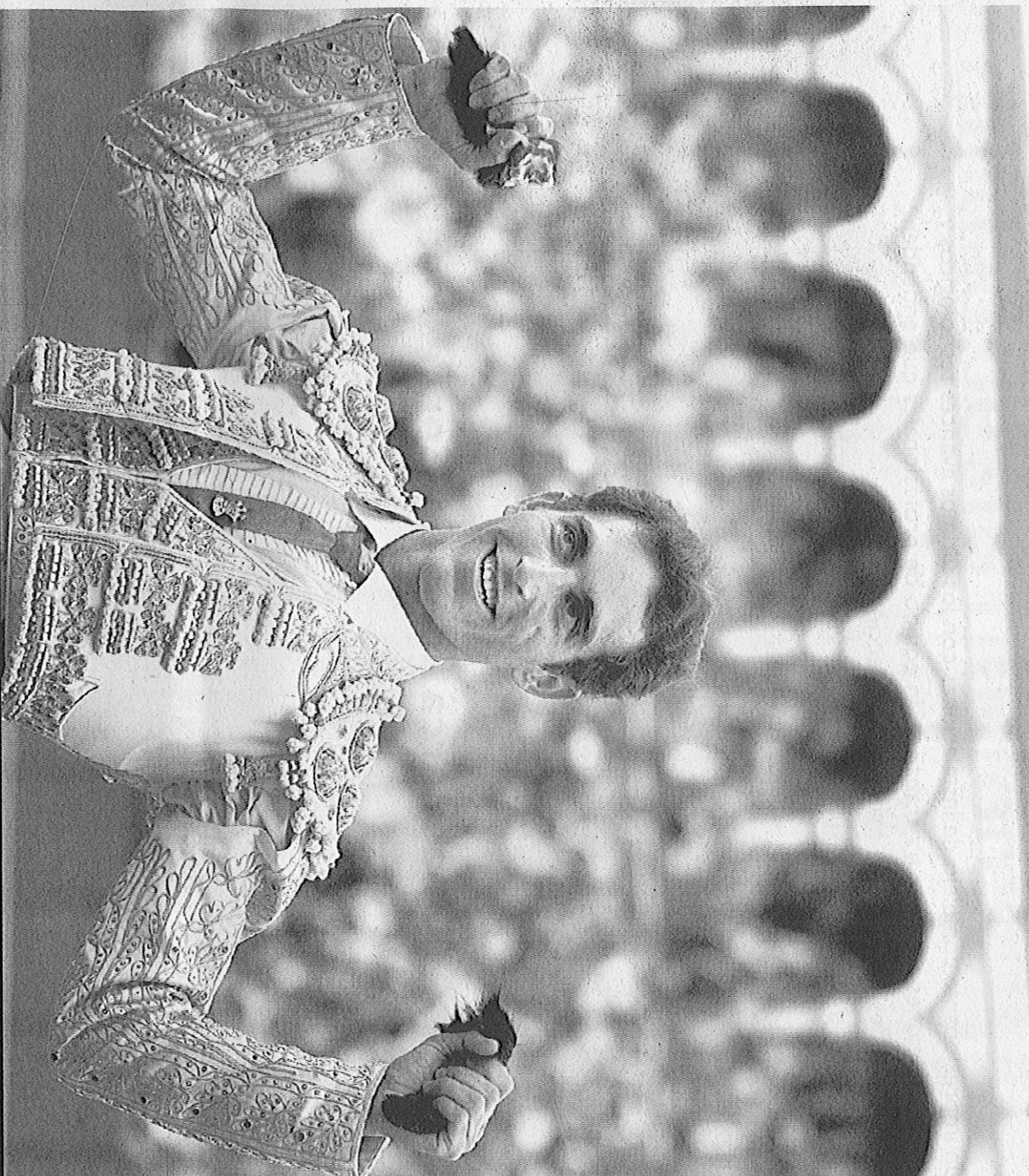
MIGUEL MOLINA

rioso y hasta sorprendente que una de las mentes más claras y agudadas de nuestro país, como fue Ortega y Gasset, al enfrentarse con los toros, se quedara casi en la superficie sin profundizar suficientemente en el tema, dejándonos apenas unos apuntes acerca de la ascendencia del animal y algunas pinceladas sobre las corridas, esquivando un análisis clarificador de los numerosos interrogantes que sin duda suscita el espectáculo y su supervivencia a través del tiempo.

Por ello voy, aún cuando me califiquen de atrevido e irresponsable, a emitir mi visión sobre el tema. Y lo primero que se me ocurre destacar es que el torero, tal como hoy lo conocemos, tiene lugar en un pretérito relativamente reciente, el siglo XVII. Anteriormente, las corridas tenían más de justas o competición entre caballeros y de ahí que las suertes se realizaran a caballo. Eran propias y exclusivas de las clases altas, de la nobleza, no del pueblo.

Unos versos de Nicolás Fernández de Moratín (1.737-1.780) (Fiesta de Toros en Madrid), nos ilustran sobre el espectáculo: "Sobre el caballo alazano/ cubierto de grana y oro/ demanda licencia urbano/ para alancear un toro/ un caballero cristiano".

Lope de Vega, en un drama comparable a los mejores de Shakespeare, (El caballero de Olmedo), en el acto tercero, nos hace adivinar, en unas escenas geniales, los lances de la corrida que se está celebrando, con la presencia del rey y el éxito clamoroso del protagonista (Alonso) y la mala suerte o derrota del antagonista (Rodrigo), que aumentará la envidia y el odio de sus competidores, tanto en la fiesta como en las preferencias de Inés, objeto de deseo y enfrentamiento de ambos.



El diestro Salvador Cortés, que toreará en Lucena en la Feria del Valle.

Estos lances y suertes en la corrida, como se ha dicho, siempre estaban a cargo de nobles caballeros, ayudados, eso sí, por sus servidores plebeyos. El origen de la fiesta, sin duda, se aleja, a un pasado remoto, quizá con motivo de la caza, dada la bravura del toro hispano, sin olvidar tampoco posibles motivaciones de tipo religioso.

En la Crónica general de Alfonso X El Sabio, aparece mención de la fiesta, ya desprendida del componente ritual que pudo tener. El cambio hacia la forma actual se realiza cuando la nobleza pierde interés y es el plebeyo, el pueblo en definitiva, el que va a protagonizar el enfrentamiento a pie con la bestia.

No voy a entrar en las figuras que sobresalieron en esta transformación (Romero, Costillares, Pepe-Hillo, etc), porque lo que me interesa es destacar el hecho de que este advenimiento del pueblo al protagonismo de fiesta, a su conquista. Ya no se trata del lucimiento del caballero,

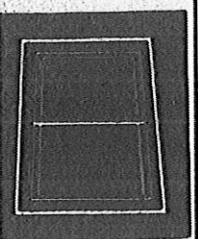
sino de triunfo del pueblo llano, con todo lo que ello comporta: fama, influencia, dinero... Se produce una profesionalización, al tiempo que, con el prestigio que otorga el éxito, se crea una expectativa para todo el que quiere escapar de un status bajo, con obvias carencias de medios: para ello asume un evidente riesgo, con la esperanza en el triunfo rápido, que le dará a la vez, poder económico y fama, al tiempo que le colocará en altas cotas sociales.

Pero, evidentemente, la fiesta tiene seguidores, como consecuencia de otros componentes que la hacen atractiva, yo diría que casi morbosamente atractiva: el riesgo. Sin el peligro que implica el toro, su fortaleza y agresividad, su capacidad de herir y matar, desaparecería el espectáculo.

El torero se juega la vida en cada lance, en cada suerte, mientras dibuja en el aire y en la arena estilizados movimientos, burlando la arremetida de la bestia, en

una singular y extraña danza, con la única protección de la capa o la muleta. Y en la medida que transmite la sensación, por su habilidad, de que la fiera sea incapaz de herirle, pese a la cercanía suicida a los puntagudos pitones, mayor será el clamor de la multitud, más intenso el aplauso y más grande el éxito.

He ahí, pues, la sustancia, la esencia del torero: el peligro, el juego con la muerte que ejecuta, con gracia y finura, el torero. La mayoría de las veces, por fortuna, sale victorioso y triunfante, otras, sin embargo, tiñe con su sangre el amarillo albero... Pero, aunque resulte doloroso y cruel, debe reconocerse que en la posibilidad de encontrar la muerte está el fundamento del torero, la sugestión, o mejor, la casi fascinación, que ejerce sobre los amantes de las corridas. Pero los aspectos señalados admiten más desarrollo, que en otra ocasión abordaremos para no traspasar, en esta ocasión, los límites normales de un artículo.



Calfam S.L.

ACRISTALAMIENTOS
CUADROS Y MOLDURAS

General Alaminos, 54 - Tfno. 50 09 76 - Fax: 50 07 97 - LUCENA (Córdoba)